

CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

ARTÍCULO 1: LA REVELACIÓN DE DIOS

II LAS ETAPAS DE LA REVELACIÓN

Dios elige a Abraham (59-61)

(Monseñor José Ignacio Munilla - Programa 024 / 23-03-2011)

Dios elige a Abraham

Dentro del apartado sobre las etapas de la revelación, habíamos hablado de la alianza con Noé. A partir del punto 59 dice: Dios elige a Abraham

Dice el punto 59:

59 Para reunir a la humanidad dispersa, Dios elige a Abram llamándolo "fuera de su tierra, de su patria y de su casa" (*Gn* 12,1), para hacer de él "Abraham", es decir, "el padre de una multitud de naciones" (*Gn* 17,5): "En ti serán benditas todas las naciones de la tierra" (*Gn* 12,3; cf. *Ga* 3,8).

Esa diferencia entre Abram y Abraham, recordaréis cómo en el capítulo 17 de Génesis, Yahvé le cambia de nombre a Abram. De Abram a Abraham. Nosotros lo llamaríamos "rebautizar", dándole en ese nuevo nombre toda la significación a la que está llamado: a ser padre de una multitud de naciones. Igual que por ejemplo, esto nos suena mucho en el Nuevo Testamento, cómo el Señor le cambia el nombre a Simón y le dice: "Tu eres Pedro, (que significa piedra), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia".

En el mundo semítico, es frecuente que el nombre sea el significado de la vocación dada por Dios, y por lo tanto cuando Dios sale al encuentro de Abram o de Simón, de este pescador de Galilea, ese cambio de nombre viene a significar la llamada de Dios que se concreta en esa misión en ese nuevo nombre.

Fijémonos en lo que el nombre Abraham significa: padre de una multitud de naciones. Para reunir a la humanidad dispersa. Aquí está el misterio de que Dios es Uno, y todo lo que nace de Dios, tiende a la unidad. Y el pecado por el contrario, fracciona, fractura. Si algo hace Satanás siempre, es dividir. El tentador siempre divide, mientras que la gracia de Dios sana las heridas de la división. El pecado del hombre es el pecado de Babel, que es el de dividirnos entre nosotros.

Por el contrario, la gracia de Dios, el don del Espíritu Santo en Pentecostés, es la gracia de hacer un solo pueblo que habla en todos los idiomas, mientras que Babel nos divide y cada uno se siente contrincante del otro y los idiomas o la adscripción a un pueblo son entendidos como una contraposición frente al otro. Es curiosa esa tendencia que tenemos entre nosotros... los palestinos contra los hebreos, los serbios frente a los bosnios, los hutus contra los tutsis... Es así, tenemos marcada en nosotros esa especie de rivalidad, y además, generalmente las rivalidades suelen ser entre los que viven cerca. Todas estas guerras tribales que tenemos entre nosotros, son un reflejo de esta herida del pecado original.

Frente a esa humanidad dispersa por el pecado original, que nos ha fracturado frente a Dios, nos ha fracturado con nosotros mismos y con el prójimo que nos rodea, Dios llama a Abraham pues, para en la providencia de Dios ir avanzando en su terapia de sanación, en su búsqueda de la unidad. Y es curioso que le dice: “Sal de tu tierra y vete a donde yo te mostraré”. Llama la atención, que para sanar la división y para sanar ese enfrentamiento de unos contra otros, y que todo el mundo quiere controlar al vecino, y todo el mundo pretende ser el caudillo del lugar, y todo el mundo pretende sacar pecho y mostrar que es más fuerte que el otro... para sanar eso, le dice a Abraham: “Sal de tu tierra y vete a donde yo te mostraré”.

Es como sanar el problema, pero de la manera totalmente contraria a como suele hacerse, porque generalmente, quienes están imbuidos del espíritu de división, lo que hacen es “pues yo emperador, yo conquistador, lo que voy a hacer es intentar someter a todos los pueblos bajo mi imperio, y los pongo a mi servicios, serán mis esclavos...” Es conseguir una falsa unidad, por el sometimiento de los demás. “Aquí mando yo...” Es una unidad ficticia por sometimiento. La del César, que invade todo el mundo y entonces aquí no hay más ley que la del César. Es una unidad ficticia.

Sin embargo, fijémonos como el espíritu de Yahvé, el Espíritu de Dios, es bien distinto. Para buscar la unidad, no la busca mediante el camino de ser más fuerte y someter, sino que le dice a Abraham: “Oye, sal de tu tierra”. Es decir, de momento desposéete de lo poco que tienes, en vez de hacerte fuerte y someter a los demás, sal de tu tierra y vete a donde yo te mostraré.

Y además no en plan de conquistarlo, sino en plan de pedir instalarme aquí, pedirme instalarme allá... Es decir, para buscar la unidad hay que comenzar por salir de uno mismo, no pretender que todo el mundo venga a mí. Yo creo que aquí hay una lección de la que tenemos que extraer. Es la unidad buscada de otra manera, bajo otra perspectiva de salir de uno mismo, no pretender que todo el mundo venga a la mía, me refiero a mí convicción, a mí falsa unidad. La búsqueda de unidad supone ceder, supone salir de uno mismo. Supone renunciar a ese falso dominio. El caso es que Abraham va instalándose, y fijaos que sin saber muy bien a dónde le lleva Yahvé. Hay una manera verdaderamente humilde.

Hay momentos en lo que él piensa “no sé cómo voy a ver yo realizada la promesa, porque Yahvé me dijo que me daría una tierra, y yo no termino de verla realizada” y cuando muere Sara su esposa, de alguna manera para que la promesa se vea realizada, logra comprar un pequeño terreno en el que puede enterrar a su esposa Sara, y entonces al tener un pequeño terrenito en donde la ha podido enterrar, ve simbólicamente cumplida la promesa de Yahvé que le iba a dar una tierra, porque ha podido enterrar a su esposa Sara allí.

Es curioso que para realizar la unidad de la humanidad dispersa, lo que Yahvé comienza haciendo es decirle a Abraham “hala, despójate de lo que tienes, de tus seguridades, de tu tierra y vete a donde yo te voy a mostrar”. Es una primera consideración para hacernos pensar las formas y los caminos de Dios.

En segundo lugar, también hay otra consideración y es que hay dos maneras de hacer la unión. Si con Noé se había hecho un pacto y es que al ver la división, al ver el pecado,

cuenta la Sagrada Escritura qué Yahvé se había enfurecido, que Yahvé se había llenado de cólera -ya sabemos que estamos hablando en forma humana-, porque cuando decimos que Yahvé se arrepintió de haber creado y de haber creado la humanidad, etcétera... son formas humanas de hablar, pues Dios no se arrepiente, porque Dios es omnisciente, y conoce tu pasado, presente y futuro, o sea que también tengamos en cuenta que la Sagrada Escritura cuando habla de Dios, no hay que olvidar nunca que proyectamos en Dios términos humanos.

Dice que Yahvé se arrepintió de haber creado la humanidad y entonces mandó un diluvio. Un diluvio para entendernos, pues para eliminar la maldad de la tierra, para eliminar a los malos como se dice, para eliminar la maldad. Y Yahvé se arrepintió de haber intentado eliminar la maldad de la tierra, -repito que estamos hablando bajo una imagen de Dios- y que entonces envió ese signo del arcoíris, como una imagen del Pacto, de la Alianza que Dios haría con nosotros, es decir que Yahvé no volvería a enviar un castigo para eliminar a la humanidad. Es el signo del arco iris, el signo de la Alianza.

Es decir, que Dios renuncia a buscar la unidad del género humano eliminando la maldad, eliminando los malos, sino que más bien lo va a hacer de otra forma, haciendo que la bondad, que la santidad se multiplique. Eso es lo que hace Él, primero con Noé y luego con Abraham haciéndole padre de una multitud.

Hay dos maneras de buscar la unidad: eliminando a los malos o multiplicando a los buenos. ¿Cuál elegimos nosotros? Dios ha elegido la de multiplicar a los buenos, más que la de eliminar a los malos. Esto conecta con esa parábola del Evangelio en la que le dicen: “Señor, es que alguien junto al trigo ha sembrado cizaña. ¿Me permites que vaya a arrancar la cizaña?” Y le responde: “No, no arranques la cizaña no vaya a ser que como todavía no se distingue bien qué es trigo y qué es cizaña, pues igual queriendo arrancar la cizaña arranques también el trigo. Déjalas que crezcan juntos, ya llegará el tiempo de la siega y entonces mi Padre Celestial ya distinguirá, ya separará el trigo de la cizaña”. Es decir Dios no busca la unidad del género humano eliminando a los malos, sino suscitando el bien, haciendo que el bien crezca entre nosotros.

Como veis pues, es un punto de partida que yo creo que nos debe de conmover, nos tiene que emocionar cuál es el estilo de hacer las cosas que tiene nuestro Padre Dios, que tiene Yahvé.

Pasamos al punto 60 que dice:

60 El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección (cf. *Rm* 11,28), llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia (cf. *Jn* 11,52; 10,16); ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes (cf. *Rm* 11,17-18.24).

Es el pueblo nacido de Abraham. En primer lugar, nosotros somos el pueblo nacido de Abraham. Porque Abraham engendra un pueblo no meramente biológico, sino que es nuestro padre en la fe. Habría que decir que el propio Abraham tiene una peregrinación interior. Ese hombre que peregrina a la tierra que Dios le va a mostrar.

Hay que señalar que no veamos en Abraham a alguien que no tiene la más mínima duda, alguien perfecto, alguien con una imagen inalcanzable para nosotros... Nosotros muchas veces cuando hablamos de Abraham solemos fijarnos en el texto “sal de tu tierra, vete a la tierra que yo te voy a mostrar...” y vemos el gran acto de confianza de escuchar esa voz de Yahvé y marcharse.

Y luego también nos solemos acordar del episodio de Isaac, de esa obediencia a la fe capaz de hacer ese amago de estar dispuesto a sacrificar a su único hijo Isaac, y nos parece que la figura de Abraham es una figura inimitable por el grado de confianza.

Pero no es verdad, porque uno lee todos los capítulos que hacen referencia a Abraham en el libro de Génesis (capítulo 12 al 25) y se da cuenta de que Abraham es un hombre de carne y hueso como como cualquiera de nosotros, y que tiene sus luchas interiores y que le cuesta confiar y le cuesta creer.

Abraham tiene sus temores y es el hombre abierto a la Palabra de Dios, pero en parte porque también es frágil. Tiene miedos. Miedo a ser mal visto, miedo a ser marginado, miedo a no ser considerado...

Llama la atención que cuando Abraham en un momento determinado baja a Egipto, oculta la identidad de su mujer Sara. La oculta porque tenía un instinto de defensa, porque piensa que si lleva una mujer hermosa a Egipto, les va a atraer y como él es el marido, le van a eliminar para quedarse con su mujer. Y entonces con Sara, deciden decirles que son hermanos. Qué debilidad por parte de Abraham, que sí había confiado en la Palabra de Dios, pero luego tenía fragilidades, porque tiene un instinto de conservación de su vida, que hasta es un instinto excesivo, porque también le lleva hasta la indignidad de poner a su mujer de manera que al verla como su hermana y pensando que no tiene compromiso, pues el Faraón se siente atraído por ella y la lleva con él, y viendo que al haber tomado a esa mujer empezó a recibir maldiciones, viendo que los dioses no aprobaban que hubiese cogido esa mujer, entendió que debía de pedirles que marchase, y cuando se entera que es la mujer de Abraham, pregunta: “¿Por qué me has ocultado que era tu mujer? Seguro que yo he sido castigado por los dioses por eso.” Y entonces les manda fuera.

Sorprende que el hombre tan valiente para dejar su tierra, para estar dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac, tuviese esa debilidad.

También hay otros momentos de dudas, por ejemplo cuando Yahvé le promete que de él va a hacer un pueblo numeroso, él cree a Yahvé: “no puedes tener hijos, eres un hombre mayor, pero haré de ti un pueblo numeroso”. Entonces él hace un acto de fe y cree, pero curiosamente aunque cree, como Dios no le da inmediatamente cumplida esa promesa, pues él piensa: “Bueno, pues Yahvé me prometió eso, pero no lo cumple, no lo cumple.” De repente su mujer Sara le dice: “¿Por qué no tomas a la criada? A Agar, la tomas en mi nombre y concibes con ella un hijo, y como yo te he dado a la esclava para que concibas con ella, pues será como si fuese Hijo Nuestro.” Y curiosamente Abraham aceptó, escuchó a Sara. Había escuchado a Yahvé que le iba a dar un hijo, pero luego cae en la tentación. Como Dios no le daba inmediatamente el cumplimiento de que iba a tener descendencia, pues cae en la tentación de escuchar también a su mujer que le da la esclava.

Y entonces se une a la esclava y tiene el hijo que es Ismael. Y uno dice, “oye, pero no te dijo Yahvé que te iba a dar descendencia. ¿Cómo no has tenido más paciencia?” Finalmente le daría el hijo natural que tendría con su mujer Sara que sería Isaac, pero al principio cayó en la tentación porque no se terminaba de fiar.

Quiero decir con todo esto, que existe una lucha también en el corazón de Abraham. Esa peregrinación que hace Abraham, no solo es una peregrinación geográfica, es que también es una peregrinación espiritual que tiene lugar dentro de él.

Dentro de cada uno de nosotros tiene lugar esa peregrinación, porque vamos caminando de nuestros miedos a la confianza en Dios. Tenemos que irnos desprendiendo. Ese “sal de tu tierra” es también un “sal de tus miedos, sal de tus incoherencias, sal de tu sí pero no, no pero sí.” Es así. Es impresionante la lectura de la historia de Abraham, porque es nuestro Padre en la fe, es el peregrino en la fe, y bien nos puede significar a nosotros, que nos representa en esa peregrinación que cada uno tenemos, para buscar al hombre plenamente confiado en Dios.

Podíamos decir más episodios todavía: Cuando concibe la criada Agar, ya se siente ella con más derechos y eso suscita los celos de Sara, que ve a la criada que se está engriendo, y entonces la maltrata. Va a despedirla y la echa fuera de casa a pesar de estar embarazada de su marido. La echa fuera por los celos que ha cogido, y entonces Abraham por una parte dice: “Pero no me habías dicho que me ibas a dejar a la criada para concebir... ahora ¿cómo la echas fuera?” Pero resulta que Abraham le tiene miedo a su mujer y cualquiera le dice: “oye, que estás teniendo un ataque de celos, y no te das cuenta que es absurdo que tú me has dicho que tome a la criada para concebir con ella, y ahora le despedamos llevando el hijo en su seno.” Pero le tiene miedo a su mujer, no se atreve a decírselo y consiente con que Agar sea expulsada con su hijo en su seno.

Es decir, que vemos la figura de un Abraham que perfectamente podríamos ser cualquiera de nosotros en esa lucha interior. Y si esto lo trasladamos a lo que es nuestra situación interior, todos tenemos duplicidades.

Por ejemplo, la del joven rico en el Nuevo Testamento que quiere seguir a Dios, pero al mismo tiempo cuando Jesús le dice: “Vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres, ven y sígueme”, entonces de repente él dice: “Eso es mucho, yo no puedo.” Y no es capaz de dar ese salto adelante.

O por ejemplo, la parábola de los talentos. Uno tiene unos talentos dados por Dios pero “tuve miedo y enterré el talento, porque tuve miedo” Pero miedo. La parábola de los talentos dice “tuvo miedo”. O sea que los miedos de Abraham, es que son los de todos los tiempos, los de todos los hombres. Son aquellos de los que Jesús también habló, el temor servil, etcétera.

Nosotros, cuando las cosas nos van mal, cuando pintan en bastos como se dice, solemos tener la tentación de en vez de seguir confiando en Dios a las duras y a las maduras, de salir del apuro con algún acto de autodefensa, con ese instinto de conservación que nos hace agarrarnos a falsas seguridades. Sin embargo en medio de esa tentación, Dios nos da la gracia de decir, “bueno, tengo miedo, pero confío en Ti, me refugio en Ti, Señor.”

Que es lo que finalmente hace Abraham, que es lo que finalmente estamos llamados todos a realizar. “Tengo miedo y tengo tentaciones por el miedo que tengo, a agarrarme a esto, agarrarme a lo otro... Pero a pesar de estas dificultades, me fío en Ti, me abandono en Ti. Para mí, Tu palabra es más determinante que mis miedos.” Es la conclusión última. Hay que decir: “A ti Señor me acojo, líbrame de la injusticia. Sé Tú mi roca, mi fortaleza, mis manos. En tus manos pongo mi espíritu. En la angustia acudo a Ti...”

Se habla de que el pueblo nacido de Abraham es depositario de la promesa hecha a los patriarcas. El pueblo de la elección. Nosotros somos el pueblo de la elección. Tenemos que entender bien esta expresión.

Romanos 11, 25-28

25 Pues no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, no sea que presumáis de sabios: el endurecimiento parcial que sobrevino a Israel durará hasta que entre la totalidad de los gentiles,

26 y así, todo Israel será salvo, como dice la Escritura: Vendrá de Sión el Libertador; alejará de Jacob las impiedades.

27 Y esta será mi Alianza con ellos, cuando haya borrado sus pecados.

28 En cuanto al Evangelio, son enemigos para vuestro bien; pero en cuanto a la elección amados en atención a sus padres."

Este texto de Romanos 11 del versículo 25 al 28, es curioso porque viene a decir una profecía de que Israel, que al principio mayoritariamente rechazó a Jesucristo como el Mesías que estaba esperando el pueblo judío, antes del final de los tiempos acogerá, reconocerá en Jesucristo al Salvador. “Así todo Israel será salvo.” (vers.26). “El endurecimiento parcial que sobrevino a Israel” (vers.25) Dice endurecimiento parcial porque muchos judíos sí reconocieron a Jesucristo, empezando por todos los apóstoles que todos eran judíos.

Pero ese endurecimiento durará hasta que la Palabra de Dios se extienda a todos los gentiles, hasta todos los pueblos, y una vez que todos los pueblos hayan conocido a Jesucristo, entonces Israel se convertirá, reconocerá a Jesucristo.

En esta profecía es como si dijésemos: “mira, somos el pueblo de la elección, pero no en el sentido de que nosotros tengamos un privilegio y nos tengamos que sentir por encima de los demás pueblos, sino que curiosamente los demás pueblos, los paganos, los gentiles, van a conocer y van a aceptar a Jesucristo antes que el pueblo elegido”.

Que contradicción: el pueblo elegido tenía que haber sido el primero en reconocer a Jesucristo, pero según está profecía y según vemos también en los hechos, resulta que el Evangelio se expande más fácil y se expande antes por los pueblos paganos, y los judíos quedan con una resistencia mayoritaria -que no total, pero mayoritaria- a reconocer a Jesucristo. Y al final de esta profecía de Pablo, dice que cuando todos los pueblos acepten a Jesucristo, y el Evangelio llegue a todas las gentes, entonces el pueblo de Israel acogerá también a Jesucristo.

Es decir, que no nos podemos engrair en eso de ser el pueblo de la elección. “En casa de herrero, cuchillo de palo” se dice. Pero ¿cómo es posible...? Pues sí, así suele ser.

Precisamente para que no nos ufanemos de ser hijos de Dios o ser el pueblo elegido, la raza elegida...

Dios sabe más, y Él sabe cómo hace las cosas. Existía lógicamente un peligro en ser el pueblo de la elección, y el peligro era que uno se ufane, que uno se ensoberbezca por ello y se piense que su raza está por encima de las demás, etcétera. Cosas por el estilo. Resulta que al final los pobres, los que vienen de fuera, los gentiles, esos que dice el Evangelio que “cuando los invitados a la boda no quisieron acoger la invitación... sal a los cruces de los caminos, y a los pobres que veas pasar, invítalos primero...”. Esta es la realidad.

Nosotros somos de esos pobres que pasaban por el cruce de los caminos, y fuimos invitados a entrar porque resulta que los de casa, los judíos aquellos a los que vino Jesús, pues tuvieron un rechazo mayoritario. “Mira cómo son las cosas”.

Pero el pueblo judío era instrumento de unidad para nosotros, y ahora nosotros tenemos que ser instrumento de unidad para ellos. El caso es que Dios quería convocarnos a todos, quiere convocarnos a todos a través del pueblo de la elección. Y al final el pueblo en el que todos nos unimos pues no es Israel, no es Europa, no es Estados Unidos, no es Japón, no es China...

No, el pueblo en el que todos nos unimos es la Iglesia. Porque todo el mundo tiene que salir de su tierra para llegar a la unidad. Y el español tiene que salir de España y el americano de Estados Unidos y en el fondo también el israelí tiene que salir de su tierra. Todo el mundo tiene que salir de su tierra y entrar en la nueva tierra que “yo los mostraré” para hacer la unidad que es la Iglesia. Todo el mundo tiene que salir de sí mismo para conseguir esa unidad.

Hay un texto del Nuevo Testamento: Juan 11,52 en el que Caifás, sumo sacerdote, pronunció esa palabra profética sin darse cuenta él de lo que estaba diciendo: “Conviene que un justo muera por el bien de todos”.

Juan 11,49-52

49 Pero uno de ellos, Caifás, que era el Sumo Sacerdote de aquel año, les dijo:

«Vosotros no sabéis nada,

50 ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación.»

51 Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era Sumo Sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación

52 y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.

Es impresionante como el Evangelio nos muestra a Jesús entregando su vida por la unidad, “para que todos seamos uno”.

Juan 10,16

16 También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a éstas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor.

17 Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo.

En la frase “las ovejas que no son de este redil”, se refiere a los paganos. El corazón de Jesús sueña en la unidad, sueña que no haya ninguna oveja fuera del redil y lucha por ello. Y aunque tengamos en momentos concretos de la historia la sensación de que más que ir en camino de conseguir la unidad, pareciera que las ovejas saltan fuera del redil, por todas las esquinas, que el redil se esté vaciando más que estemos buscando la oveja perdida...

No nos dejemos engañar, que Dios es dueño de la historia y Él la conduce por caminos que solo Él sabe hacia la unidad. Aunque haya episodios tan duros de división, y de traición, y de abandono dentro de los hijos de Dios que están bautizados. Sin embargo tenemos la plena garantía de que el Espíritu está suscitando la unidad entre todos nosotros.

Termina el punto diciendo que “ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes”. Es decir, nosotros somos injertados en ese pueblo que es Israel. Somos injertados en él. No somos hijos biológicos, pero es que eso importa poco. Porque se puede ser hijo biológico del pueblo, de la raza de Israel, y no reconocer a Jesucristo, con lo cual de poco sirve la biología. Acordaos de esa famosa frase de Jesús: “somos hijos de Abraham...” y dice Jesús: “yo de estas piedras podía hacer hijos de Abraham luego no os ufanéis de ser hijos de Abraham según la raza, que lo importante es hacerlo según la fe”.

Se nos ofrece otro texto que es Romanos 11, versículos del 17 al 18 y luego el versículo 24. Es un texto que puede costar un poco entenderlo, pero verdaderamente dice mucho.

Romanos 11,17-18,24

17 Que si algunas ramas fueron desgajadas, mientras tú - olivo silvestre - fuiste injertado entre ellas, hecho partícipe con ellas de la raíz y de la savia del olivo,

18 no te engrías contra las ramas. Y si te engrías, sábetete que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz que te sostiene.

19 Pero dirás: Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado.

20 ¡Muy bien! Por su incredulidad fueron desgajadas, mientras tú, por la fe te mantienes. ¡No te engrías!; más bien, teme.

21 Que si Dios no perdonó a las ramas naturales, no sea que tampoco a ti te perdone.

22 Así pues, considera la bondad y la severidad de Dios: severidad con los que cayeron, bondad contigo, si es que te mantienes en la bondad; que si no, también tú serás desgajado.

23 En cuanto a ellos, si no se obstinan en la incredulidad, serán injertados; que poderoso es Dios para injertarlos de nuevo.

24 Porque si tú fuiste cortado del olivo silvestre que eras por naturaleza, para ser injertado contra tu natural en un olivo cultivado, ¡con cuánta más razón ellos, según su naturaleza, serán injertados en su propio olivo!"

Por olivo silvestre se entiende nosotros, los que somos paganos. Y las ramas desgajadas serían los judíos que no creyeron en Jesucristo. Es decir, nosotros, que hemos ido paganos, que hemos sido de un pueblo que no fue el pueblo judío, ahora no nos engriamos contra las ramas judías. No nos levantemos frente a los judíos. Y si te engrías, sábetete que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz te sostiene a ti.

Es Jesucristo el que te ha dado gratuitamente la fe. Si dejaste de ser pagano, es porque fuiste cortado del árbol silvestre, e injertado en el árbol de la salvación que es el pueblo judío.

Es un texto para que no tengamos justificación ninguna en atacar al pueblo judío, para que nos demos cuenta de que el pueblo judío rechazó mayoritariamente a Jesucristo, pero no nos sintamos con derecho de acusarles de nada, que al fin y al cabo, nosotros hemos recibido gratuitamente el don de la fe gracias a ese pueblo judío, aunque ellos rechazasen a Jesucristo en gran parte, pero no nos engriamos frente a ellos, porque nosotros somos hijos de la gracia, hijos de la misericordia, luego tengamos misericordia también con ellos, viene a decirnos este texto impresionante.

Pasamos al punto 61 que dice:

61 Los patriarcas, los profetas y otros personajes del Antiguo Testamento han sido y serán siempre venerados como santos en todas las tradiciones litúrgicas de la Iglesia.

Por tanto existe San Abraham, San Elías, San Isaías... Los consideramos santos, aunque la Iglesia no ha hecho ningún proceso de canonización hacia estos personajes, patriarcas y profetas, y otros personajes del Antiguo Testamento. Pero los considera santos, y en la liturgia se les celebra como santos. No le llamamos San Isaías, le llamamos el profeta Isaías, pero les damos una dignidad de santos, y es verdad que su santidad comparativamente con lo que nosotros entendemos hoy en día por un santo, pues posiblemente puedan tener muchas contradicciones como las mencionadas de Abraham en su vida, pero es que tenemos que tener en cuenta, que en el Antiguo Testamento todavía no se tenía la plenitud de la revelación en Jesucristo, por lo que se tanteaba con muchas cosas, y se consideraban como normales y bendecidas por Dios cosas que luego sabemos que no son así, como la poligamia y cosas por estilo...

Pero se trata de los hombres que oyeron la voz de Dios, que siguieron sus designios, que siguieron sus caminos, y que fueron fieles a Dios en la medida en que se podía también ser fiel, en ese momento en el que todavía no se tenía la plenitud de la gracia en Jesucristo. Por eso dice que en todas las tradiciones litúrgicas, orientales y occidentales, se les considera como santos.